

## EL ESPECTRO DE LA SUPERFLUIDAD: SOCIEDAD DE RESIDUOS

JUAN JOSÉ GALLEGO

(Universidad del Quindío

cinico-juanjo@hotmail.com)

El último tramo del siglo XX es el momento que merece ser conocido como “la gran transformación”, dicha transformación se sustenta con el derrumbe de la “ingeniería social”, este punto se hace crucial, pues marca el paso de una sociedad administrada a una sociedad de administradores. Así pues, el arte de la administración deja de administrar y libera a lo que antes fue su *objeto administrado* para que este se gestione a sí mismo. “La dominación ha sabido encontrar estrategias más suaves, menos trabajosas, menos incómodas y menos coercitivas que el viejo modelo de vigilancia ubicua” (Bauman, 2007), las estructuras afines al modelo del panóptico empezaron a desmantelarse y salir de circulación.

Ahora el hecho políticamente decisivo se conforma de la vida biológica y las necesidades que esta acarrea. En nuestra época las personas están inmersas en un proceso en el que, al parecer, se les entrega la administración de sus propias vidas y que, “llevan al individuo a objetivar el propio yo y a constituirse como sujeto, vinculándose, al mismo tiempo, a un poder de control exterior” (Agamben, 2006) donde nos entregan las riendas de nuestras vidas, pero construyen el camino que hemos de transitar. El tipo de sociedad que nuestra modernidad propicia, consta de dispositivos menos costosos y tediosos, donde la fuerza del dispositivo está en la ironía que “nos hace creer que en ello reside nuestra libertad” (Foucault, 2000), el diseño de nuestra sociedad tiene un modelo líquido, fluctuante, abierto a la reforma y al cambio. La sociedad es una de máquina diseñada para fallar, cada vez que falla es reparada, reformada, pero su estructura es siempre la misma, los seres humanos de esta maquinaria se producen en cantidades tales, que estos se hacen seres residuales que no pueden ser eliminados, son más bien excedentes: daños colaterales de nuestra modernidad.

En la actualidad, las empresas no se encargan de supervisar y vigilar a sus empleados, son estos últimos los encargados de mostrar a la empresa su utilidad y valía. Los sujetos de nuestra época pueden ser catalogados como *precarios e intermitentes*; tal denominación es dada a aquel *homo economicus* que, arrojado a un mundo laboral por las necesidades que como humano y como ser social adquiere, se encuentra con que ha de sobrevivir en medio de labores transitorias,

en algunos casos sin contrato legal ni las condiciones básicas de un empleo como tal. Los precarios e intermitentes son seres cuya utilidad es superflua, se encuentran transitando de la actividad a la inactividad constantemente, su utilidad se da en intervalos de tiempo que señalan previamente el inicio y el fin de cada periodo activo.

Además, los cargos son pocos y los profesionales son demasiados, su destino es “el destino de los desempleados, del «ejército de reserva de trabajo», era el de ser reclamados de nuevo para el servicio activo. El destino de los residuos es el basurero, el vertedero” (Bauman, 2005). Ahora bien, en nuestra modernidad, los excedentes, aquellos residuos en el basurero, cumplen una función, al estar siempre a la espera de regresar a la actividad, estos residuos del progreso económico inquietan a aquellos que están en servicio activo, aquel que desempeña una labor paga debe luchar constantemente por conservarla y por mostrar que merece aquel puesto, pues hay otros a la espera de ocupar su lugar.

Es pues posible avizorar el ambiente de competencia que propicia que cada quien se haga vigía de sí mismo. Ahora, dada la amenaza que representa el hecho de ser contratado por un tiempo parcial, o bien a término definido, (esto es, el paso del empleo al desempleo de manera constante) los sujetos han de mostrar por sí mismos su valor, el capital o el recurso humano que representan, compitiendo contra los otros a la espera de ser contratados. La vida en la nueva modernidad, parece constituirse como la escenificación cotidiana de la transitoriedad universal, donde nada está hecho para durar, los objetos que hoy son útiles llenarán los vertederos del mañana. Nada es irremplazable, cada objeto surge ya con obsolescencia programada, los contratos no se firman sin establecer una fecha de terminación, las construcciones no se llevan a cabo sin un permiso para su demolición, en caso de ser esta necesaria; nada se crea sin fecha de caducidad. “todas las cosas, nacidas o fabricadas, humanas o no, son hasta nuevo aviso, prescindibles” (Bauman, 2005). El mayor daño colateral que la nueva modernidad trae consigo, se mantiene en el trasfondo de la vida útil de humanos y cosas cual espectro, a saber; el espectro de la superfluidad.

En otras palabras, el Estado liberó al ser humano de la fuerte coacción que encarnaba el poder final de la modernidad, sin embargo, la independencia y la responsabilidad para con uno mismo hacen de la emancipación una situación bastante abrumadora, tal vez más angustiada que la coacción. La 'libertad' tiende a convertirse más en una carga que en un privilegio, dado que el Estado propicia que la sociedad funcione manera tal, que los seres humanos una vez liberados vuelvan a él buscando ayuda por medio de créditos, subsidios y cualquier cosa que prometa aminorar la carga que les representa ser responsables de su propia supervivencia.

‘sobrevivir a la manera humana plantea exigencias que superan las necesidades de la existencia meramente biológica, dado que esta incluye parámetros sociales sumamente elaborados.’ (Bauman, 2007)

Nos encontramos entonces ante una sociedad donde la supervivencia se basa en consumir para satisfacer necesidades biológicas y sociales, lo cual nos atrapa en medio de un *consumismo que todo consume*. Pero para consumir hay que adquirir, y para adquirir es debido trabajar, sin embargo, el ambiente de competencia y superfluidad, donde los individuos son precarios e intermitentes, seres desechables que pueden ser reemplazados en cualquier momento, hace que la remuneración por una labor realizada pueda ser poca, pues siempre hay alguien dispuesto a hacer el mismo trabajo por menos dinero, si el dinero adquirido es menor al que debe gastarse para conseguir aquello que se necesita, entonces la deuda siempre será una opción aparentemente plausible. La vida de consumo se reduce a consumirse la vida, y la vida en nuestra nueva modernidad, al parecer, es el paso de la fábrica de seres civiles encerrados en una sociedad con un trasfondo carcelario, a una fábrica de seres endeudados, donde la superfluidad y desechabilidad de todo en cuanto hay, vivo o no, hace de cada quien un ser precario e intermitente, cuya utilidad y valor están permanentemente en entredicho.

Estamos destinados a habitar en una sociedad de residuos, no somos seres únicos ni irremplazables, los discursos de libertad tienen un alto costo, el precio de la emancipación es el miedo a la libertad, las conse-

secuencias de la modernización nos han traído serios daños colaterales, la sociedad se ha sitiado, estamos encerrados y obligados a ceder, aquella libertad que solíamos perseguir y desear, ha sido apuntada hacia nosotros, la utopía de seres libres, independientes y auto-realizados que solíamos imaginar, donde cada quien alcanza lo que el límite de sus propias capacidades le permite, es en realidad una sociedad de residuos donde la abrumadora libertad nos impulsa a ponernos de nuevo las cadenas, de una u otra manera; tan solo somos seres pasajeros de logros efímeros.



#### Bibliografía

- Agamben, G. (2006). *Homo sacer: El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: PRE-TEXTOS.
- Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas: La modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (2007). *la sociedad sitiada*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2000). *Historia de la sexualidad I*. México: Siglo XXI.